

Sebastián Volcán Acuña

El tesoro descubierto por un corazón roto

Martes 17 de octubre de 2023. Ese fue el día en que me llamaste. Yo pensaba que estaba todo bien, pero al escuchar el tono de tu voz entendí lo que estaba pasando. “Agradezco mucho todo lo que me has dado, pero en estos momentos necesito un tiempo para pensar”. Esa fue la frase que me derrumbó por completo. Tenía tantos sentimientos en ese momento que es difícil explicarlos, fue una mezcla de rabia, tristeza, dolor y odio; tal vez era simplemente el sentimiento de un corazón que con cada latido se iba resquebrajando. Entre la frustración y las ganas de llorar necesitaba una manera de drenar el manojito de sentimientos que cada vez se enredaba más en mi mente y que no me permitía pensar. No sé por qué, pero me puse mis zapatos, agarré mis audífonos y sin rumbo alguno salí a la calle a trotar sin poder entender bien lo que estaba sucediendo.

Domingo 17 de marzo de 2024, 6:05 am. Cinco meses exactamente han pasado y sigo siendo un manojito de sentimientos, sólo que en esta madrugada estoy lleno de emoción, alegría, ansiedad y asombro. A diferencia de la noche en la que me hiciste sentir tan solo como nunca me había sentido, estoy ahora rodeado por más de 5 mil personas y, a pesar de que la mayoría de ellas son completos desconocidos, me hacen sentir un calor hogareño, como el abrazo de alguien que conoces de toda la vida. La marea de gente comienza a avanzar del Parque Los Caobos hacia la línea de salida y siento cómo la adrenalina sube desde mi

columna hasta la nuca, el shock me estremece, pero una vez llego a la estructura metálica que marca el inicio de esta aventura mi instinto me impulsa a empezar a correr.

Martes 17 de octubre de 2023. Mis pensamientos recorrieron más rápido mi cabeza de lo que yo lograba correr por el parque Vizcaya. No conseguía descifrar si estaba molesto contigo por haberte aprovechado de mis sentimientos, o frustrado conmigo mismo por no haber divisado antes este final. A pesar de que me avergüenza, no mentiré diciendo que no se me escapó ninguna lágrima de frustración esa noche librana, que al final se terminaría perdiendo junto al sudor que de mi frente bajaría por toda mi cara.

Domingo 17 de marzo de 2024, 6:10 am. No puedo dejar de mirar a todos lados mientras voy corriendo por el túnel que lleva a la multitud hacia la Avenida Bolívar de Caracas. He decidido no perderme ningún detalle de este momento que sé que va a ser un recuerdo que se quedará incrustado en mi cabeza hasta la eternidad. Mi sonrisa va de oreja a oreja, no es posible alcanzar la sensación de éxtasis que me inunda con ninguna sustancia alucinógena. El color púrpura del alba contrasta con las luces que iluminan la ciudad, creando un efecto psicodélico sobre el océano de camisetas azules con naranjas de los maratonistas del CAF. No paro de pensar, ¿estoy alucinando o acaso todo esto es real?

Martes 17 de octubre de 2023. Seis fueron los kilómetros que corrí. Mi reloj indicaba que apenas habían pasado poco más de cuarenta minutos, pero para mí fue una eternidad. Mi corazón latió tan fuerte que alcanzó a bloquear todo el sonido a mi alrededor y así, al fin, pude poner la mente totalmente en blanco. Drené lo suficiente como para poder dormir tranquilo esa noche, y el cansancio era tan grande que apenas toqué la cama caí inconsciente. Poco sabía que ese iba a ser el inicio de un camino totalmente nuevo en mi vida.

Domingo 17 de marzo de 2024, 7:35am. Llevo treinta minutos trotando, pero entre el calor, la humedad y la recta interminable de la Avenida San Martín parece como si hubiese transcurrido por lo menos hora y media. De un momento a otro alzo la mirada y veo lo que sería el primer reto -por no llamarlo obstáculo- de la ruta, quinientos metros de subida que no sé si tiene como destino el cielo o el mismísimo infierno. Respiro profundo y me enfoco en mantener el ritmo. No llevo ni la mitad de la ruta y ya me empiezo a cuestionar si seré capaz de correr 21 kilómetros. En este momento entiendo que esta será una competencia contra mí mismo, contra mi mente.

Sábado 18 de noviembre de 2023. Sin duda alguna correr hasta el agotamiento fue una estrategia que me funcionó para -de a ratos- mantenerte fuera de mi cabeza, ya sea porque el cansancio no me permitía pensar, o porque cada vez que salía a la calle lograba distraer a mi cerebro. Es que hay algo del paisaje caraqueño que logra que uno, quiera o no, se pare un momento a meditar. Los edificios siendo abrazados por la vegetación mientras el Ávila se yergue al fondo cual gigante, es una imagen tan cautivadora que es imposible desviar la atención de tan hipnotizante escenario. El problema era que el día no se reducía a los 60 minutos que invertía en escapar de mis problemas mediante la actividad física, aún quedaban otras 23 horas en las que mi subconsciente no dejaba de pensarte. A este punto más daño me habían hecho los escenarios que yo mismo insistía en montar en mi cabeza, que el daño que tú me habías ocasionado. Así es como entiendo que el reto no era olvidarte, el reto era no autosabotearme.

Domingo 17 de marzo de 2024, 7:00 am. Entre el kilómetro 7 y el 12 me comienza a ganar la frustración. Tengo a un par de metros al frente de mí a una señora que por lo menos me lleva unos 30 años de edad. “Sebastián, tú eres un chamito de veinte años. A esta señora le puedes ganar”, me digo para motivarme a acelerar el paso y rebasarla, pero por

más que intento aumentar el ritmo no logro alcanzarla. Siempre dicen que en los maratones uno está corriendo contra uno mismo, pero hay que admitir que hay veces en las que el ego es más fuerte que la razón. Ahora sufro las consecuencias de dejar que el ego tomara el control de mi carrera. Estoy frustrado, mi reloj marca mi frecuencia cardíaca a 180 pulsaciones por minuto y todavía falta un poco menos de la mitad del recorrido por el oeste de Caracas.

Sábado 16 de diciembre de 2023. Después de dos meses sin verte casualmente coincidimos en el mismo lugar. Es indescriptible la forma en la que me indignó que pretendieras que no me conocías, pero aún más me dolió la indiferencia con la que me saludaste cuanto te atreviste a hacerlo. Actué como si no me importó, pero por dentro podía escuchar una vez más como me empezaba a quebrar. Llegué a mi casa, pero por más que quise echarme a llorar mi impulso fue, una vez más, agarrar mis zapatos y salir a trotar con todas mis fuerzas. tan rápido como mi corazón y mis piernas me lo permitieron. Fue la mejor decisión que pude haber tomado, porque de haberme quedado en mi casa mi herido ego hubiese tomado las riendas de mis actos. Ese día decidí, más allá de no odiarte, amarme a mí mismo como me merecía. El running se volvió la herramienta perfecta para no tomar decisiones impulsivas, decisiones sentimentales.

Domingo 17 de marzo de 2024, 7:45 am. El cansancio a este punto ya es insoportable. Gracias a la subida de Roca Tarpeya y la inclemencia del sol a lo largo de la Avenida Victoria no siento las piernas y mi boca deshidratada pide clemencia. Justo cuando ando en mi cabeza debatiendo si debo pasar, un hombre moreno, alto y de aproximadamente 60 años se desvanece al lado mío. Veo cómo cae de frente y cómo la gente empieza a gritarle a los paramédicos que lo socorran. “Si no bajas el ritmo tú serás el próximo que tengan que sacar en camilla de acá”, pienso, convencido de que mi cuerpo está al borde de colapsar. Poco a poco bajo el ritmo hasta casi parar, pero cuando levanto

la mirada veo a dos muchachas levantando unos letreros que exclaman “Te falta poco” y “¡eres un crack!”. No se quiénes son esas heroínas anónimas pero con dos frases logran convencerme de que era capaz de seguir y, al ritmo que sea, correr los 4 kilómetros que me faltan para llegar a la meta.

Martes 02 de enero de 2024. Mis hermanos me miraron con rareza al verme saliendo a correr a las 6 am cuando ellos estaban apenas llegando de rumbear. Nunca antes pensé que iba a preferir ver el amanecer con un batido de proteína en la mano que con un vaso de ron. La realidad es que empecé a hacer esto por ti y ahora lo hago porque me llena, porque me hace sentir libre y porque siento que cada vez que salgo a correr me termino conociendo un poco más a mí mismo, termino amándome un poco más a mí mismo.

Domingo 17 de marzo de 2024, 8:10 am. Al pasar la Torre La Previsora veo el letrero que indica que me falta sólo un kilómetro más y la dosis instantánea de adrenalina hace que súbitamente deje de existir todo el cansancio físico. Un grito me desconcentra y me hace voltear, era mi papá gritando de la emoción por verme pasar. Siento un impulso que me electriza. Corro esos últimos mil metros como si fuesen los primeros. A la distancia veo la meta y no puedo dejar de pensar “lo logré”.

Domingo 17 de marzo de 2024, 8:20 am. Dos horas, doce minutos y cuarenta y cinco segundos han pasado cuando piso la línea de meta. Una muchacha de pelo negro me cuelga la cinta verde del cuello y me dice: “Felicidades. Eres mediomaratonista”. No puedo dejar de ver la brillante medalla plateada, porque me parece tan absurdo pensar que hace cinco meses no hubiese ni imaginado que hoy estaría celebrando este logro. Desde el Parque Los Caobos la ciudad se ve más limpia, más moderna, más alegre. Estoy seguro que es porque cinco mil almas -en las que me incluyo- encontraron en el Maratón CAF un espacio para

retarse e impulsarse a ser la mejor versión de sí mismos, impregnando a toda la ciudad de toda esa vibra positiva que yo nunca antes había vivido en ninguna oportunidad.

Que me rompieras el corazón fue lo mejor que me pudo haber pasado, porque sin eso no hubiese nunca vivido esta experiencia que guardaré siempre en mi memoria como uno de mis recuerdos más atesorados. Correr esta mañana por las calles de Caracas me hizo sentir vivo otra vez. Después de 21 kilómetros puedo decir que llegué a la meta de olvidarte, pero apenas estoy a medio camino de conocerme y de amarme todo lo que merezco.